

de Albany. Era al anochecer, y aun me acuerdo de los esfuerzos que hice para triunfar de mi timidez. Tenia en mis manos la carta de recomendacion que me habia dado un caballero vecino nuestro y amigo de mi padre, llamado M. de Santilly, que habia sido general al servicio de España bajo Carlos IV y conocido íntimamente en Madrid á la condesa de Albany, como igualmente á su hermana la condesa de Castelfranco. Noticioso por mi padre de mi viage á Italia, me habia ofrecido el buen caballero dos cartas de recomendacion para sus dos amigas, una de las cuales vivia en Florencia y la otra en Nápoles.

XXXVII

Aunque caminase muy despacio, temeroso de lo que iba á ver y decir, no tardé en llegar á la puerta del palacio.

Lo que bajo este nombre designa la lengua italiana que engrandece todo cuanto pronuncia, no pasaba de una casa de reducidas dimensiones, sin patio ni jardín, compuesta de un cuarto bajo y un primer piso, de una fachada desprovista de todo ornamento arquitectónico, cuyas ventanas bajas y cerradas daban al estrecho muelle ó malacon del Arno. Las persianas del aposento del poeta, cerradas desde la época de su muerte, comunicaban á la casa un aire de misterio y luto que difundia cierto terror, en términos que creí entrar en un sepulcro.

Levanté el aldabon con mano irresoluta, y al momento se abrió la puerta, dejándome en frente de un criado vestido de negro, en un corto corredor conducente á una escalera en forma de caracol. La condesa habia salido, como es costumbre todas las tardes en Florencia, á pasearse en carretela descubierta con algunos abates de su sociedad, bajo la sombra de las Cacias, lindo parque de Florencia. En consecuencia remití mi carta á un ayuda de cámara, juzgándome dichoso de haber aplazado mi presentacion á la reina de Inglaterra, mas imponente á mis ojos por haber dominado el corazon de un poeta, que como viuda del pretendiente á la triple corona de las islas Británicas.

XXXVIII

Al dia siguiente al despertarme, recibí una esquila muy atenta y solícita de la condesa de Albany, esquila que aun guardo con otras varias otras de esta misma señora. Decíame en pocas palabras que tendria mucho gusto en oír hablar de su amigo M. de Santilly, y concluia convidándome á comer para el dia siguiente.

Acepté su obsequio y comparecí en su casa con el mismo pantalon y chaleco que habia reservado para esta ocasion solemne. Llamé con mas resolucion, y tres criados vestidos de luto me recibieron en el susodicho corredor. Subí por la escalera, bajé

despues por algunos escalones que conducian á una especie de entresuelo en que se hallaba el gabinete de *conversacion* de la condesa, como se dice en Italia, y no tardé en hallarme en presencia de la reina destronada de Albion.

Nada indicaba de parte de tan ilustre dama, en la época á que aludo, ni la soberana de un imperio, ni la de un corazon de poeta. De una edad algo madura, la condesa era una muger de menguada estatura, y su cuerpo, con asomos de obesidad, habia perdido toda ligereza y elegancia. Por otra parte, las facciones de su rostro obtusas y redondeadas en demasia, no conservaban ninguna de las líneas que constituyen la belleza ideal; pero sus ojos brillantes, lo suave de sus rubios cabellos, el juego amable de su boca, la inteligencia que radiaba de su fisonomía, el encanto indecible de sus maneras, todo contribuia á despertar recuerdos halagüeños á falta de admiracion profunda. Su palabra afable sobremana, sus modales sin afectacion, su familiaridad agasajadora, la igualaban con cuantos se le acercaban, sin que se supiese si descendia á su nivel ó si los elevaba al suyo, tanta naturalidad habia en toda su persona. Pocos minutos de conversacion me bastaron para cobrar aliento y proceder con tanta franqueza y desahogo, como si hubiese estado acostumbrado á verla cada dia y á todas horas.

« M. de Santilly me dice que haceis versos, » me dijo sonriendo de mi juventud y rubor; « y seguramente deseais visitar el cuarto y la biblioteca

del inclito poeta que ha perdido la Italia. » Al decir estas palabras hizo señas á un anciano abate de cuyo nombre no me acuerdo, para que me acompañase al aposento del difunto.

Volvimos á subir los escalones que acababa de bajar, y no tardé en llegar al primer piso á la estancia de Alfieri y hallarme en frente de su biblioteca. Los postigos cerrados mantenian la estancia en un estado de semi-oscuridad que podia hacer presumir que aun la habitaba el varon excelso. Trémulo y sobrecogido, no acertaba á decir una palabra y apenas tenia fuerzas para mirar. Esos libros tan á menudo hojeados por una mano magistral, esa mesa en la cual numerosos volúmenes griegos y algunas páginas aun no acabadas en la misma lengua atestiguaban que la muerte habia sorprendido al poeta absorto en estudios profundos, el lecho en que habia soñado el ilustre autor dramático, la pluma con que habia escrito, esos muebles que parecian aguardar á su amo, esa pared que tan á menudo habia recibido la sombra colosal del genio, esa alfombra gastada por sus largos desvelos, me llenaban de estupor y silencio. La presencia del abate me impedia tan solo arrodillarme para besar el suelo que tantas veces habia pisado, pues siempre he temido parecer afectado por exceso de emocion. Así me contenté con arrancar furtivamente la barba de una pluma aun ennegrecida con la tinta del maestro, y escurrirla en mi sombrero para poseer á lo menos una reliquia poética del

gigante trágico. Aun la conservo en mi poder, juntamente con una hoja del laurel de Virgilio en el Paulisipe y un fragmento de ladrillo rojo perteneciente al calabozo del Taso en Ferrara; monumentos piadosos de mis numerosas peregrinaciones á las tumbas de los genios descollantes de la humanidad.

XXXIX

La comida fué sóbria y corta, pues fuera del ama de la casa y de mí mismo, no habia á la mesa mas que el abate y tres á cuatro amigos. La condesa me trató como niño mimado á quien se lisonjea elevándolo á la dignidad de hombre maduro para que no se corra de su edad. Despues entramos en el gabinete de conversacion, en el cual no tardó en formarse en torno de la noble viuda un círculo de hombres eminentes é ilustres forasteros, oriundos de las principales capitales europeas. Por mi parte escuchaba con el mayor recogimiento los nombres de cada sugeto que llegaba anunciado por los criados. En general eran apellidos pertenecientes á la alta aristocracia de Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Bolonia, que habian llegado á serme familiares por la historia, y algunos otros ilustrados por diversos poetas, escritores y profesores, enigmáticos á la sazón para mí. A medida que eran introducidas esas personas selectas, se sentaban en forma de semi-círculo en torno de una mesita cargada de libros, detrás de la cual se hallaba

reclinada la condesa de Albany sobre un canapé. Poco numerosa, la sociedad no ofrecia traza de ese libre desórden que disemina en grupos una conversacion francesa, y mas que á un círculo ó corrillo, se asemejaba á una academia literaria.

La plática, sin la menor alusion policia á causa de la recelosa vigilancia de la política francesa en Italia, parecia una conversacion de difuntos mas bien que una conversacion entre vivos, y rodaba enteramente sobre la preeminencia relativa de las diversas regiones italianas representadas en los diferentes interlocutores, cada uno de los cuales se mostraba acérrimo abogado de la causa de su capital, en presencia de la reina destronada de una isla que pocos siglos antes llamaban bárbara los Romanos.

Prescindiendo de Sannazar en Nápoles, de Dante, Policiano y Bocacio en Toscana, ví pasar ante mis ojos todo el siglo de Leon X en Roma, todo el período de los Médicis en Florencia, toda la brillante época de la casa de Este en Ferrara, en una palabra todas las glorias italianas desde los siglos de la edad media hasta Alfieri en Turin, Goldoni en Venecia, Monti, Parini y Beccaria en Milan. La multitud de nombres justamente seculares mencionados aquella noche, las citaciones presentes á la memoria como si los libros hubiesen estado á la vista, las observaciones llenas de fuerza y delicadeza, las rivalidades contrabalanceadas, los entusiasmos apoyados en sólidos argumentos, la ciencia presente y unánime de todos los monumentos del pensa-

miento italiano en aquellos varones eminentes que componian tan selecto cenáculo, sublimaron de un modo indecible mi mente y arrebataron mi fantasía en un remolino de entusiasmo por ese genio italiano que puede hollar una soldadesca sórdida, pero cuya fecundidad nunca podrá agotar; planta que vegeta como los abrojos y espinas del Coliseo, mas lozana en las ruinas que en los surcos trazados por la mano del labrador.

Al fin de la conversacion citó uno de los interlocutores esta frase de Alfieri : *La pianta uomo nasce più forte é più robusta in Italia*, etc., etc. « La planta hombre nace mas fuerte y mas robusta en Italia que allende ; » palabra llena de noble fiereza, pero al mismo tiempo de sincera verdad. Las cenizas de los siglos no son menos fecundas que las de los incendios.

Durante esta larga excursion al través de todos los siglos, de todos los nombres y obras de la Italia moderna, permanecía yo silencioso y modesto como convenia á un jóven de mi edad, pareciéndome asistir á una de esas conversaciones clásicas del Decameron, á la sombra de uno de los cipreses de Fiesoli, entre los ínclitos ingenios y mugeres letradas de la época. Las ventanas abiertas y la luna resplandeciente, cuyos macilentos rayos parecian rodar en las mansas ondas del Arno cerúleo, completaban la ilusion de mi imaginacion abrasada. El techo bajo el cual habia respirado Alfieri, la presencia de la muger que habia sido el alma de su corazon y ac-

tualmente vivia de su gloria, me llenaban de una especie de supersticion de celebridad y un respeto religioso por la bella Ausonia que nada pudo alterar en lo sucesivo, convencido de que el aire mismo de esta comarca es literario, y que si se puede ligar sus miembros con bárbara coyunda, no se le podrá jamás despojar del genio que su atmósfera vivifica.

Silencioso y recogido regresé á mi domicilio siguiendo las márgenes del rio inundado por el ceniciento fulgor de la luna, bajo los palacios cuyas imágenes reflejaban las aguas cristalinas, resuelto á estudiar madura y profundamente las obras maestras de esa bella literatura, cuya rica nomenclatura, escoltada por tan elocuentes comentarios, habia escuchado con inefable placer durante cinco horas en casa de la condesa de Albany.

Diez años despues de aquella noche, he tenido ocasion de volver á ver á menudo á la viuda del último de los Estuardos y de Alfieri, como igualmente de conocer íntimamente á todas las celebridades italianas que me habian apercibido en la oscuridad, sin prever mi nombre futuro.